

ÉLITE, TRADUCCIÓN Y PÚBLICO MASIVO

Patricia Willson¹
Universidad de Buenos Aires
Instituto de Enseñanza Superior en Lenguas Vivas
"J. R. Fernández"

1. *La belleza como coartada*

La primera versión rioplatense de *La divina comedia* data de 1889; el traductor, Bartolomé Mitre, escribe para ella un prólogo que titula "Teoría del traductor"². En ese prólogo, la traducción deviene arte mimética por interpósita metáfora ("una traducción —cuando buena— es a su original lo que un cuadro copiado de la naturaleza animada"); en él se dirime —también con una metáfora— la cuestión de la relación entre una variedad de lengua y una *koiné*, lengua escrita y culta ("el dialecto toscano, que brotaba como un manantial turbio del raudal cristalino del latín"). Mitre escribe así el primer paratexto importante de una traducción en la Argentina y, por ese gesto, anticipa un proyecto editorial de envergadura que tuvo como centro a la literatura extranjera.

La Nación, el diario que el propio Mitre había fundado en 1870 y que a partir de 1882 dirigen sus descendientes, se convertirá, ya en el siglo XX, en motor de un vasto proyecto de publicación de traducciones: en noviembre de 1901 lanza "La Biblioteca de *La Nación*", colección de libros que se publican con una regularidad prodigiosa, cuatro veces por mes, hasta enero de 1920; es decir, durante casi diecinueve años. Muchos de esos

Varios años antes del auge de la industria editorial en Argentina (1936-1960), entre noviembre de 1901 y enero de 1920, el diario *La Nación* de Buenos Aires, publicó una colección de libros, "La Biblioteca de *La Nación*"; la mayor parte de ellos eran traducciones de textos procedentes de diversas tradiciones literarias. La colección tuvo un éxito inmediato y llegó a un vasto público, debido a los bajos precios de los libros, la atractiva calidad de la impresión y la variada selección de títulos —ochocientos setenta y dos en total: "clásicos", novelas de aventuras, relatos policiales y numerosos folletines franceses del siglo XIX. Algunos de esos textos estaban traducidos del francés y no de su lengua fuente.

El diario *La Nación* era entonces un órgano de la élite política y económica en Argentina. En el presente trabajo se hace un

textos pertenecen a la gran tradición literaria europea, pero la lista no es homogénea: las novelas populares vienen a matizar el halo canónico de algunos títulos.

Hay un elemento que une "Teoría del traductor" y "La Biblioteca de *La Nación*": la idea de que la lengua es un factor clave en la constitución de una nacionalidad. Las resonancias de esta concepción, sin embargo, no llegan explícitamente al lector, sino que están veladas por una coartada estética: la belleza de la lengua, la belleza de la gran literatura, en la que se refleja la verdad del espíritu de una Nación.

En el prólogo de Mitre, el uso metafórico del lenguaje contribuye al borramiento de pistas, sin llegar a ocultar el matiz prescriptivo de algunas de sus afirmaciones: Mitre preconiza para el texto de Dante una *traducción interlineal*, la modalidad opuesta a las *bellas infieles* de los siglos XVII y XVIII. La gran poesía —al igual que las Escrituras— se presenta como palabra necesaria, que la traducción aspirará a respetar mediante la literalidad. En esa prescripción ha de leerse toda una concepción jerárquica de los géneros y de sus respectivos modos de producción de sentido.

Por su parte, en los profusos paratextos que antecedieron y rodearon "La Biblioteca de *La Nación*", aparecen concepciones de la literatura universal —en sus variedades de gran literatura y de literatura popular—, de la figura del escritor y del lector al que están dirigidos los libros que componen la colección.

En las páginas que siguen se intentará desentrañar, a partir del análisis de tales paratextos, los modos de importación de literatura extranjera presentes en "La Biblioteca de *La Nación*". En

relevamiento de las concepciones sobre el rol de la literatura traducida en esta colección, claramente dirigida a un público masivo que incluía inmigrantes europeos recientemente incorporados a los bienes y prácticas culturales en lengua española.

Palabras clave:

literatura en traducción, Buenos Aires (principios del siglo XX), cultura popular, élite política y cultural.

Elite, Translation and Popular Audiences

Well before the publishing boom in Argentina (1936-1960), between November 1901 and January 1920, the newspaper *La Nación* of Buenos Aires, published a collection of books, "La Biblioteca de *La Nación*", the great majority of which were translations of texts belonging to different literary traditions. The collection was an immediate success, and reached a vast audience, due to the low prices of the books, the high quality of the printing, and the varied choice of titles —872 in total—, including

primer lugar, esos modos de importación —en sus rasgos fundamentales, en su función— se relacionarán con los del momento de *acmé* de la industria editorial argentina en el siglo XX, el más abordado por la crítica y el que nucleó a los más importantes traductores argentinos. Luego se los vinculará con su contexto histórico: la Argentina inmigratoria, objeto de políticas estatales integradoras ya desde el siglo XIX. Por último, además de señalar la influencia que el catálogo de “La Biblioteca de *La Nación*” tuvo en proyectos editoriales posteriores, se intentará caracterizar el lugar que le cupo al traductor en este primer proyecto importador de literatura extranjera en la Argentina del siglo XX.

2. *La función autónoma*

Dos de las múltiples consecuencias de la Guerra Civil Española fueron la entrada de España en un cono de sombra como país editor en el mundo de habla hispana, y el exilio hacia América Latina de numerosos intelectuales republicanos. Varios de esos emigrados se instalaron en la Argentina y tuvieron un papel destacado en la industria editorial: fundaron editoriales, fueron traductores y directores de colecciones. Algunas de esas editoriales han continuado con sus publicaciones hasta el presente, en algunos casos, subsumidas en *trusts* editoriales de capital internacional. Editorial Losada y Emecé Editores, por ejemplo, han publicado libros de manera constante en los últimos setenta años (Sagastizábal, 1995: 82 y 111). Junto a ellas, conviene no olvidar muchas otras, como Sur, Santiago Rueda, Sudamericana, Américalee, Poseidón, Siglo XX, El Ateneo, que contribuyeron al florecimiento de esa industria cultural. En

“classics”, adventure novels, detective stories, and several French feuilletons. Some of them were translated from French, and not from the source language.

The newspaper *La Nación* was at that time an organ of the economic and political *élite* in Argentina. This research aimed at tracing the *élite's* conception of the role of translated literature in this collection, which was clearly intended to popular audiences including European immigrants recently incorporated to Spanish-speaking cultural practices.

Key Words:

Translated Literature, Buenos Aires (early twentieth century), Popular Culture, Political and Economical Elite.

efecto, entre 1936 y hasta fines de la década de 1950, aproximadamente, Buenos Aires fue el centro irradiante de la industria editorial de habla hispana (Rivera, 1986). Durante ese período de casi veinticinco años, una pléyade de escritores tradujeron activamente literatura extranjera; entre ellos, Jorge Luis Borges, Victoria Ocampo, José Bianco, J. R. Wilcock, Alberto Girri, Oliverio Girondo, Julio Cortázar. Muchos de ellos intervinieron además en el campo cultural argentino como críticos, editores, directores de colecciones (Willson, 2004).

Esta “edad de oro” de la industria editorial argentina fue rica en traducción de narrativa y teatro experimental: textos de James Joyce, William Faulkner, Virginia Woolf, John Dos Passos, Samuel Beckett y Jean Genet, entre otros, fueron traducidos al español —la mayoría, por primera vez— en Buenos Aires. Puede considerarse entonces que la traducción constituyó un factor determinante en la renovación del repertorio literario en Argentina y, en general, en varios países de América Latina. El procesamiento intensivo de nuevas formas literarias gracias a la importación que operó la traducción tuvo ciertamente una influencia en escritores locales; significativamente, este período precedió el conocido *boom* literario latinoamericano. Algunos de los autores del *boom*, como Gabriel García Márquez, y tal como ellos mismos lo reconocieron algunos años más tarde, leyeron en sus países las traducciones publicadas en Buenos Aires y exportadas al resto de América Latina (King, 1989: 180-181).

Una noción proveniente de la literatura comparada puede servir para comprender la productividad de la literatura en traducción durante ese período: la oposición entre *función autónoma* y *función heterónoma* de la literatura. Pascale Casanova (2001: 119) propone componer una historia de la literatura universal atendiendo a la alternancia en el predominio de esas dos funciones. La *función autónoma* predomina en los momentos en que el valor de lo literario remite exclusivamente a la literatura misma, y responde a una concepción que la independiza de otras esferas; la *función heterónoma* es aquella por la cual los textos literarios inciden en una cultura determinada pero no en sede estética, sino en sede social. Según predomine una u otra función en una literatura, el fundamento de valor varía. Siguiendo la distinción propuesta por Casanova, entonces, la literatura traducida en el período 1935-1960 tuvo una función eminentemente autónoma —y, por ende, intraliteraria— en la literatura argentina (Willson, 2004).

Sin embargo, la riqueza de ese período no debe inducir a creer que la traducción no había sido intensa anteriormente. Numerosos emprendimientos editoriales que incluyeron abundante literatura extranjera en traducción se iniciaron antes de la década de 1930, y aún cerca del cambio de siglo. Este hecho concreto de la industria editorial argentina cobra mayor densidad cuando se lo vincula, como se hará enseguida, con el contexto histórico.

3. Bajo el signo de la migración

Desde las primeras etapas de la organización institucional de la Argentina, la demografía fue motivo de debate. El país estaba entonces literalmente vacío: la expresión “el desierto argentino” no refería a la aridez del suelo, sino a la falta de población. Inmediatamente después de la sanción de la Constitución de 1853 —y aún antes (Halperín Donghi, 2004: 29)—, los intelectuales que reflexionaron sobre el futuro de la patria abordaron el tema de la migración y lo ubicaron entre las prioridades para el desarrollo político y económico del territorio. Para ellos, la construcción sobre bases sólidas de la Nación argentina entrañaba necesariamente una política de inmigración.

La élite política de la segunda mitad del siglo XIX, compuesta principalmente por miembros de las familias criollas tradicionales con ancestros españoles, alentó la inmigración desde países europeos. En la visión de esa élite, los inmigrantes europeos, establecidos como colonos en los medios rurales contribuirían a construir una economía basada en la producción agropecuaria (Romero, 1997: 174-184). Sin embargo, esos inmigrantes prefirieron el medio urbano, especialmente en las ciudades de Buenos Aires y Rosario. Hacia el cambio de siglo, Buenos Aires estaba experimentando un rápido proceso de crecimiento demográfico y de modernización. Los datos proporcionados por los censos anterior y posterior al cambio de siglo muestran que la mitad de los habitantes de la ciudad habían nacido en el extranjero, principalmente en Italia. Como suele suceder en las poblaciones reforzadas por corrientes migratorias, entre los hombres el número de extranjeros era aún mayor (Terán, 2000: 46).

TABLA 1: CENSO DE POBLACIÓN 1895, BUENOS AIRES

Total		Nativos		Extranjeros	
Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
356.702	307.152	150.631	167.730	206.071	139.422
663.854		318.361		345.493	

Fuente: INDEC (*Instituto Nacional de Estadísticas y Censos*), Argentina.

TABLA 2: CENSO DE POBLACIÓN 1904, BUENOS AIRES

Total		Nativos		Extranjeros	
Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
497.839	453.052	251.351	271.690	246.488	181.362
950.891		523.041		427.850	

Fuente: *Dirección General de Estadística y Censos (Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires)*, Argentina.

Esta proporción de extranjeros es comparable con la de Nueva York en el mismo período. En realidad, Argentina recibió un número menor de inmigrantes en términos absolutos, pero en términos relativos; es decir, cuando se comparan las cifras de la población extranjera y la nativa, se ve que la inmigración en Argentina fue más intensa. Sin embargo, la migración masiva no dio como resultado un multiculturalismo (Terán, 2004).

Las causas fueron, sin duda, múltiples, pero quizá no sea errado pensar, centralmente, en la Ley 1420 del 26 de junio de 1884, que estatuyó la educación pública, gratuita y laica en todo el territorio del país. Consciente de la exigua base social de su hegemonía, la élite criolla diseñó una política de Estado que tendiera a integrar a los inmigrantes. Dueños de los medios de producción —las tierras y las recientes factorías vinculadas con la explotación agropecuaria—, los miembros de la élite necesitaban mano de obra para mantener su preeminencia económica. Uno de sus objetivos fue, desde luego, alcanzar una rápida y efectiva integración de los inmigrantes a las prácticas culturales y tradiciones del país. Según Oscar Terán:

el activismo estatal [...] montó un dispositivo nacionalizador destinado a cumplir los siguientes objetivos: dotar a los inmigrantes de símbolos identitarios para incorporarlos de manera homogénea a la nación, y así inducir efectos de gobernabilidad; definir una posición de supremacía de los criollos viejos ante los extranjeros; producir nuevas identidades para limitar los efectos de anomia en los recién llegados, y competir de tal modo con otras propuestas identitarias (como las respectivas nacionalidades de origen, pero también otras como la católica o la anarquista); transferir y/o tramitar una crisis de legitimidad dentro de la élite; *construir un fundamento simbólico estable en medio del proceso modernizador* (Terán, 2000: 58-59; énfasis mío).

Esta política, considerada por algunos autoritaria —y sin duda lo fue—, también permitió un rápido ascenso en la escala social de la primera generación de argentinos nacidos de padres inmigrantes. Esos primeros argentinos descendientes de extranjeros dominaron el español y algunos de ellos llegaron a tener éxito en su paso por la universidad (Terán, 2004).

En esa política integradora del Estado, ¿qué rol pudo haberle a la literatura y, más específicamente, a la literatura en traducción? Tal es la pregunta que se intentará responder a continuación; la respuesta no será ni definitiva ni tajante: tendrá apenas el estatuto de hipótesis.

4. El proyecto de una élite

Con una tirada de 10.000 ejemplares, *La Nación* ocupa, hacia 1900, el segundo lugar en difusión entre los diarios del país. El cambio de siglo es testigo de un cambio tecnológico: *La Nación* compra linotipos para modernizar el proceso de impresión. “Un ejército de tipógrafos” quedará sin trabajo; se decide entonces lanzar una colección de libros para emplear esa mano de obra y no dejar en la calle a aquellos cuyo oficio caería en la obsolescencia por efecto de la modernización técnica (García, 1965: 50). Tal es el relato de origen “filantrópico” de “La Biblioteca de *La Nación*”. Sin embargo, otra hipótesis puede pensarse. Alrededor del 1900, el diario *La Nación* de Buenos Aires es un órgano de la élite económica y política de la Argentina; no es improbable, entonces, que el proyecto concebido por *La Nación* haya servido,

como se intenta sostener, para reforzar la política cultural del Estado integradora de las masas inmigrantes. En el siglo XIX, y quizás hasta las primeras elecciones con derecho universal al voto en 1916, “los letrados constituyen una delgada capa, poco diferenciada internamente, no siempre disociable con claridad de la élite propiamente política” (Altamirano, 1997: 27). Un proyecto de la élite cultural podía tener, por ende, concretas resonancias políticas.

5. *La función heterónoma*

Como se dijo, en noviembre de 1901, aparece el primer volumen de la colección “La Biblioteca de *La Nación*”. Durante los primeros años, el proyecto estuvo a cargo de Emilio Mitre (director), de Luis María Drago (administrador) y de Roberto J. Payró (editor). La aparición de ese primer volumen tuvo una cálida recepción entre los miembros del exclusivo Jockey Club de Buenos Aires, donde un grupo de conspicuos caballeros se reunían para departir sobre economía y política. La reacción entusiasta se debió a que la colección era, para ellos, un hecho importante de política cultural, aunque no necesariamente una posible lectura, dado que la mayoría era capaz de leer textos extranjeros en lengua original (Cócaro, 1989: 3).

La colección tuvo un éxito inmediato y llegó a un vasto público. Varios factores contribuyeron a la inserción exitosa de esos libros. En primer lugar, los bajos precios de los libros, cuando se los compara con los salarios de entonces. El precio de la edición en rústica era de 40 centavos para los suscriptores de *La Nación* y de 50 centavos para otros compradores en la ciudad de Buenos Aires (ver fig. 1). El precio de la edición de tapa dura era de 1 peso. El salario de un obrero era de alrededor de 170-180 pesos por mes; el de un maestro, podía llegar a los 275 pesos por mes (Sarlo, 2000: 66-71). El segundo factor que incidió en el éxito de la colección fue la notable calidad de la impresión, cuando se la compara con otras impresiones de la época. Algunos volúmenes de “La Biblioteca de *La Nación*” siguen estando disponibles en las librerías de viejo en Buenos Aires, y suelen estar en excelente estado (ver fig. 2). El tercer factor es el sistema de suscripción —económico y bien diseñado— para Buenos Aires, para el resto del país e incluso para el exterior. En cuarto lugar, la variada selección de títulos: en todas las tradiciones literarias abrevó la colección; la diversidad parecía ser la clave de la popularidad.

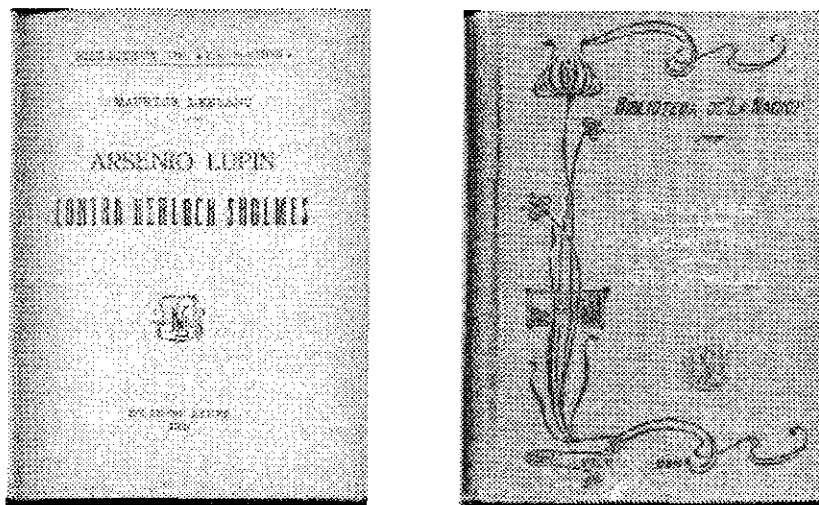


Fig. 2. Tapa y portada de un volumen de la colección (1908)

Por otra parte, los editores decidieron publicar un número limitado de incuestionables “clásicos”: textos ya canónicos de la literatura europea.

En esta colección, la función de la literatura traducida que ponen de manifiesto los paratextos y la elección misma de los textos a traducir, es eminentemente *heterónoma*; es decir, el fundamento de valor no es estrictamente literario, sino que está relacionado con cierta efectividad social, en este caso, la democratización de la cultura escrita a través de la distribución y el consumo masivo de libros, y una especie de pedagogía por la literatura (sobre todo, la europea) que persistió en la década de 1920 y en los primeros años de la década de 1930 (Montaldo, 1987; Romero, 1990). Precisamente en la entreguerra, editores de sensibilidad socialista, como Antonio Zamora, reeditaron varios de los libros publicados en “La Biblioteca de *La Nación*”. También la revista *Leoplán* y editorial Tor, que la crítica ha vinculado más centralmente con la finalidad de lucro a través de la edición (véase, sobre Tor, Sagastizábal, 1995: 65-68), volvieron a publicar los títulos ya ensayados por “La Biblioteca” (Willson, 2004: 65).

La idea del deleite provechoso estaba presente en este proyecto de una élite, y el provecho para el lector, como se verá, podía provenir de las biografías de autor, y no sólo de los argumentos edificantes.

6. Un plan de lectura para el pueblo

Los 872 títulos de la colección —publicados regularmente con frecuencia semanal, el 4, 11, 18 y 25 de cada mes— mostraban el eclecticismo de los criterios de selección. La colección incluyó obras de autores consagrados y ya clásicos (*Hamlet* de Shakespeare, o la *Princesa de Cleves* de Madame de Lafayette, o *Wilhelm Meister* y el *Werther* de Goethe). Pero también incluyó géneros populares, como las novelas de aventuras (*El último de los mohicanos* de Fenimore Cooper, *Las aventuras de Tom Sawyer* de Mark Twain, *La Isla del Tesoro* de Robert Stevenson), historias de detectives (la serie de Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle, la serie de Arsenio Lupin de Maurice Leblanc³, la serie de Rouletabille de Gastón Leroux), ciencia ficción temprana (*Los primeros hombres en la luna* de H. G. Wells y *Cinco semanas en globo* de Jules Verne), y varios volúmenes de folletín francés (desde los célebres *El conde de Monte-Cristo* y *Los tres mosqueteros* de Dumas, hasta el hoy casi desconocido Jean Drault y su *La hija del corsario*). También estaban representados los novelistas rusos del siglo XIX (Tolstoi, Dostoevsky, Turgueniev), así como los realistas y naturalistas ingleses y franceses (Balzac, Maupassant, Flaubert, Goncourt, Dickens, Thackeray)⁴. Sin embargo, el eclecticismo no llega a ocultar cierta preferencia por los folletines franceses más populares, especialmente por autores como Julio Sandeau, Octavio Feuillet y Pablo Feval. Esos autores constituían el núcleo de los escritores funcionales a la política de Napoleón III en Francia (Bourdieu, 1992: 77). Oponentes estéticos de Baudelaire —el artista e intelectual crítico—, Sandeau, Feuillet y Feval fueron prolíficos productores de ficciones conformistas y sentimentales.

Había un circuito de desvío a través del sistema literario francés, pues varios de los títulos de la colección estaban traducidos del francés, y no de la lengua fuente. El francés era hasta tal punto la lengua fuente “por defecto” —claro signo de la francofilia de la élite argentina de entonces—, que en algunos de los libros aparecía la leyenda ¡“Traducido directamente del inglés por...”!

El aspecto programático de la colección también tiñó los prólogos de los libros publicados. En el prefacio del primer volumen (“A los lectores”), los editores refieren que, como tributo a la “pureza del lenguaje”, se publican “tres novelas clásicas españolas”:

Con el presente volumen, que, como debido homenaje a la pureza del idioma, contiene tres novelas clásicas (*Lazarillo de Tormes*, *Rinconete y Cortadillo* y *La Historia y Vida del Gran Tacaño*), inauguramos la BIBLIOTECA DE LA NACIÓN, destinada a vulgarizar las mejores obras de entretenimiento que ha producido la literatura universal, tanto antigua como moderna.

El homenaje a la "pureza" de la lengua española debe ser leído aquí en relación con el abigarramiento que imponían los extranjeros a la sociedad porteña; por ejemplo, el "cocoliche" de los inmigrantes italianos. Lo cierto es que *La Nación*, a través del recurso a la traducción de textos extranjeros, podía hacer circular literatura popular usando como vehículo una *koiné*, una lengua escrita que, desde luego, era apta para hacer ejercitar las habilidades vinculadas con la cultura escrita.

Una vez establecido el factor de la pureza de la lengua, otros usos pedagógicos de la literatura podían desplegarse: una tendencia al argumento *ad hominem* en la valoración de las obras publicadas; el establecimiento de una jerarquía de géneros y tradiciones literarias; la explicación de las innovaciones literarias para volverlas inteligibles a los lectores nóveles.

7. Educar a través de la literatura

En los primeros cien volúmenes de la colección se hizo evidente el uso de la biografía del autor como modelo a seguir. En varios de los prefacios se apunta a construir hombres de letras capaces de vivir vidas aventureras, sacrificadas, laboriosas. Así, aparecen los autores-aventureros, los autores-utopistas, los autores-políticos: la experiencia vital es un criterio cierto de valor literario. H. G. Wells, Oliver Goldsmith, Benjamin Disraeli, entre otros, son presentados como epítomes de escritores en los cuales los asuntos mundanos anteceden o se mezclan con la producción ficcional. Sobre H. G. Wells, los editores afirman que "estudia y resuelve con los inimitables recursos de su imaginación y fantasía los graves problemas sociológicos que agitan en estos momentos a la humanidad" (prólogo de *Una historia de los tiempos venideros*, volumen N° 47). "La extraordinaria combinación de un brillante novelista y un célebre hombre de Estado de fama universal se encuentra en Benjamín Disraeli (1804-1881)" (prólogo de *Islander*, volumen N° 82).

Los géneros populares y sus características también podían transmitir una lección. En este sentido, debe destacarse la intervención del argentino Arturo Costa Álvarez, pues sin duda representa el punto de vista de los editores; era una suerte de portavoz del proyecto y, además, lo acompañó como traductor y prologuista en casi toda su duración. Costa Álvarez, colaborador en revistas de vanguardia durante la década de 1920, tradujo para la “Biblioteca de *La Nación*” y por primera vez al español a diversos autores brasileños, como el vizconde de Taunay (*Inocencia*, volumen N° 13) y Aluizio Azevedo (*El mulato*, volumen N° 147). También tradujo a Arthur Conan Doyle (*El sabueso de los Baskerville*, volumen N° 39; *El misterio de Cloomber*, volumen N° 403) y folletines franceses (Federico Soulié, *Los dos cadáveres*, volúmenes N° 735 y 736; Augusto Maquet, *La bella Gabriela*, volumen N° 778), versiones para las cuales escribió prólogos en los que hace constar un juicio de valor. Costa Álvarez compara las novelas populares “latinas” y “anglo-sajonas”, y prefiere las segundas a las primeras, por motivos que remiten a la teoría del efecto en literatura: ¿qué consecuencias tiene la lectura de tales ficciones sobre el lector? Según Costa Álvarez, las ficciones latinas “tienden a especular con las pasiones y el vicio”, y son por ello potencialmente peligrosas, pues tienden a “estrujar los nervios del lector y los relajan”. La ficción anglosajona, en cambio, se basa en la aventura y la inteligencia, y no buscan el efecto patético, sino el ejercicio de la imaginación.

Esta idea se repite, entre otros, en el prólogo a *Ella*, de H. Rider Haggard (volumen N° 27) y en el prólogo a *Roger Laroque*, de Julio Mary (tomo 1, volumen N° 36), como sendos representantes de una y otra vertiente. En las palabras preliminares a *Ella*, los editores, después de aclarar que fue elegida en Gran Bretaña y Estados Unidos como “la mejor novela fantástica, la más notable de las obras de ficción puramente imaginativas”, afirman: “Todos pueden leerla sin temor alguno: no se trata en ella de asuntos mundanos más o menos escabrosos; es solo una animada narración de las aventuras extraordinarias acontecidas a dos hombres muy robustos, muy honrados e inteligentes”. En el prólogo a *Roger Laroque*, los editores advierten que “Esta novela es [...] de las destinadas a causar profunda y duradera impresión en las almas sentimentales, aquellas para quienes las novelas por entregas no son nunca una ficción, por exagerada y desbordante que sea la fantasía del amor”.

Las palabras preliminares establecen un diálogo directo con el lector y también una valoración que marca una *distancia* editorial respecto de lo

publicado. En “La Biblioteca de *La Nación*” aparecen ficciones “latinas” en las que predominan las pasiones, sí, pero sus editores dan un marco de lectura que sitúa críticamente los textos editados.

Finalmente, cuando se publicaban “obras de otro carácter”, es decir, aquéllas que presuponían un interés no únicamente focalizado en la trama, se incluía un prefacio que volvía inteligible las peculiaridades del autor. Porque si bien en “La Biblioteca...” se publicaron folletines franceses de segunda línea (Rivera, 1986: 337), también se publicó *Un cœur simple* (*Un corazón sencillo*, volumen N° 292 de la colección, 1907, sin mención del traductor), de Gustave Flaubert. Este tomo tiene un prefacio de Paul Bourget en el cual el discurso indirecto libre de Flaubert es explicado en términos simples y a la vez precisos. Según Bourget, Flaubert fue el primer escritor que “dejó pensar y hablar a los personajes por sí mismos”, aludiendo así a la focalización utilizada intensivamente en sus narraciones.

8. Los traductores: salir de la omisión

El nombre del traductor es omitido en la mayoría de los primeros 450 volúmenes de la colección; a partir de 1911, los traductores son mencionados casi sistemáticamente. Muchos de ellos son españoles, como Tomás Orts-Ramos, J. Zamacois y F. Cabañas Ventura, que han traducido esos textos hacia fines del siglo XIX. Hay, sin embargo, varios traductores argentinos que, o bien tradujeron *ad hoc* para la colección, como es el caso de Elena de Oro (*El castillo de Valcreuse*, de Julio Sandeau, volumen N° 456), o bien habían traducido el texto para la colección “La Biblioteca”, dirigida por Alberto Navarro Viola, a fines del siglo XIX, como Lucio V. Mansilla, Bartolomé Mitre, Delfina de Vedia, Roberto J. Payró, Miguel y Alberto Navarro Viola⁴.

También se publica una traducción de José Martí (Hugh Conway, *Misterio*, volumen N° 81), en cuyo prólogo los editores hacen referencia a la “teoría del traductor” de Martí: “El traductor del libro sólo tiene una palabra que decir en cuanto al lenguaje. Traducir no es, a su juicio, mostrarse a sí propio a costa del autor, sino poner en palabras del idioma nativo al autor entero, sin dejar ver un solo instante la persona propia”.

La aparición del nombre del traductor, la publicación de prólogos y notas de traductor —si bien muchos de ellos aparecen sin firmas— contribuyen a

dar una idea de un proyecto en el que la traducción y su agente empiezan a ganar el estatuto pleno que tendrán más tarde, durante el auge editorial argentino.

9. *La traducibilidad universal*

En los primeros sesenta años del siglo XX en la Argentina, la literatura en traducción llenó dos tipos de funciones: una función heterónoma, vinculada con la democratización de la circulación de libros, y, más tarde, una función autónoma, vinculada con la ampliación del repertorio formal y temático de la literatura vernácula.

A pesar de su apariencia paradójica, el uso por parte de la élite porteña de textos pertenecientes a tradiciones literarias extranjeras revela una coherencia fuerte. Por una parte, la idea de una traducibilidad universal, corolario de una concepción universalista del espíritu humano (Berman, 1986: 64). Por otra, es correlato de un hecho incontrastable: con apenas dos siglos de vida, la literatura argentina no era lo suficientemente diversificada para funcionar como un “programa pedagógico completo” para el público masivo. Tal como lo demuestra Itamar Even-Zohar en el caso de la literatura en hebreo dentro del sistema literario israelí, la traducción también fue, en este caso, el medio para proveer a los lectores de una gran variedad de textos (Even-Zohar, 1990: 169). Finalmente, los editores eran sin duda conscientes de que la lengua (“un fundamento simbólico estable en medio del proceso modernizador”, en términos de Terán) y las ficciones de fácil lectura podían ser usadas como herramientas de integración de lo foráneo.

Notas

- ¹ La autora agradece la invaluable colaboración de Julieta Lopérgolo en la recopilación de datos sobre “La Biblioteca de *La Nación*”, así como la diligencia de Gabriela Miño, bibliotecaria del diario *La Nación*.
- ² El “Infierno”, junto con “Teoría del traductor”, fue publicado por primera vez en 1890, en edición privada. La primera edición comercial del “Infierno” fue la del editor Félix Lajouane, con una tirada de 600 ejemplares, en 1891. La primera edición comercial completa de *La divina comedia* es de 1894 y fue realizada en

Buenos Aires por Jacobo Peuser. Véase Bartolomé Mitre [1897], "Bibliografía de la traducción. Ediciones anteriores", en Dante Alighieri (1940) *La Divina Comedia*. Buenos Aires: Sopena, pp. 7-8; véase también Leopoldo Longhi de Bracaglia (1936) *Mitre traductor de Dante*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora "Coni", pp. facsimilares intercaladas 82' y 82".

³ En las citas de títulos y autores se respeta la grafía –a veces errática– de la colección.

⁴ El registro completo de los títulos, prefacios y otros paratextos de interés desde el punto de vista de la traducción permanece inédito (Willson, en preparación).

⁵ Véase el detalle de estas traducciones decimonónicas reeditadas en la "Biblioteca de *La Nación*" en Severino (1996).

Bibliografía

Altamirano, Carlos (1997) "Hipótesis de lectura (sobre el tema de los intelectuales en la obra de Tulio Halperin Donghi)". *Discutir Halperin. Siete ensayos sobre la contribución de Tulio Halperin Donghi a la Historia Argentina*. Roy Hora y Javier Trímboli eds. Buenos Aires: El cielo por asalto, pp. 17-28.

Berman, Antoine (1986) "L'essence platonicienne de la traduction". *Revue d'Esthétique* 12: 63-73.

Bourdieu, Pierre (1992) *Les règles de l'art*. París: Seuil.

Casanova, Pascale (2001) *La república mundial de las letras*. Barcelona: Anagrama.

Cócaro, Nicolás (1989) "La Biblioteca de La Nación". *La Nación*, 31 de diciembre, pp. 1 y 5.

Even Zohar, Itamar (1990) "Israeli Hebrew Literature". *Poetics Today* 11.1: 165-173.

García, Eustasio Antonio (1965) *Desarrollo de la industria editorial argentina*. Buenos Aires: Fundación Franklin.

Halperin Donghi, Tulio (2004) *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Editores de América Latina.

King, John (1989) *Sur. Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura (1931-1970)*. México: Fondo de Cultura Económica.

La Nación. Testimonio de tres siglos (2005) Publicación especial del diario *La Nación* con motivo de cumplirse los 135 años de su fundación.

Longhi de Bracaglia, Leopoldo (1936) *Mitre traductor de Dante*. Buenos Aires: Coni.

Mitre, Bartolomé (1943) "Teoría del traductor". *La Divina Comedia*. Dante Alighieri. Buenos Aires: Sopena, pp. 5-7.

Montaldo, Graciela (1987) "La literatura como pedagogía, el escritor como modelo". *Cuadernos Hispanoamericanos* 445: 41-64.

- Rivera, Jorge B. (1986) "El auge de la industria cultural". *Capítulo. Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: CEAL, vol. 4, pp. 577-600.
- Romero, José Luis (1997) *Las ideas políticas en Argentina*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Romero, Luis Alberto (1990) "Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares". *Mundo urbano y cultura popular*. Diego Armus ed. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 40-67.
- Sagasrizábal, Leandro de (1995) *La edición de libros en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz (2000) *El imperio de los sentimientos*. Buenos Aires: Norma.
- Severino, Jorge Enrique (1996) "Biblioteca de 'La Nación' (1901-1920). Los anaqueles del pueblo". *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, pp. 57-94.
- Terán, Oscar (2000) *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Terán, Oscar (2004) "Hay que evitar que vuelvan los viejos fantasmas". Entrevista de Carmen María Ramos en *La Nación*, 24 de julio, pp. 1 y 14.
- Willson, Patricia (2004) *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.